

SIN MASCARA FRENTE AL ESPEJO

Marco Tulio Aguilera Garramuño

Novela Inédita

Sobre las formas doxas y heterodoxas de conseguir lo que se quiere en este mundo

Cásate de todos modos. Si tu mujer es buena, serás feliz.
Si es mala, serás filósofo
Sócrates

Un buen drama es como la vida, pero sin las partes aburridas
La verdad es belleza
Keats

Hay básicamente dos formas de conseguir en este mundo lo que uno quiere: la primera y más frecuentada es doblar la cerviz; la segunda y más peligrosa, pero satisfactoria, es levantar la cabeza y mirar de frente. Yo conseguí un año de mi vida completamente libre para hacer mi capricho. Ya les diré cómo. He dado más vueltas que un perro antes de echarse (antes de lanzarme al abismo de mi memoria) pero finalmente estoy aquí, escribiendo la primera frase de... esto, que me resisto a definir, calificar o centrar en la mira. Ni una palabra más. Me acerco todo lo que puedo al borde del abismo y me lanzo. Un científico español de cuyo nombre no puedo acordarme descubrió que los recuerdos no están localizados en zonas específicas del cerebro sino que se hallan distribuidos, y no sé si la palabra sea la adecuada, en redes neuronales. Atraparlos sería entonces como pretender pescar con un anzuelo lo que sólo se podría capturar con una inmensa red o como definir una locomotora a partir de un tornillo o como localizar el cadáver de un gato negro en un cuarto oscuro. Me parece que fue Descartes el que dijo que el alma está localizada en la silla turca, algo como una diminuta zona del cerebro. Estoy sentado frente a mi *lap top* en el tercer piso de la USBI, en la misma silla en la que terminé hace apenas un año *El sentido de la melancolía*, la más terrible de mis novelas, la impublicable... que sin duda voy a publicar tarde o temprano. Sigue inédita y pienso que seguirá así por un par de años o tal vez una década. Es indispensable encontrar un rumbo, lo sé y tal vez valga la pena regresar a neurólogo español para que me ayude: como no hay un centro, como no hay un punto

localizable, como la mente humana es tan compleja como el universo, simplemente tenderé las manos en la oscuridad y veré qué atrapo. El perro terminará de echarse tarde o temprano. Vivo en una ciudad azotada por la violencia, en un estado en el que aparecen apilados 35 cadáveres al frente del World Trade Center, vivo en un país en el que no es extraño ver una mano aflorando de la tierra y al tirar de ella descubrir diez, veinte, treinta, cincuenta cuerpos mutilados, un territorio en el que los ejecutores de la ley son más peligrosos y corruptos que los criminales más recalcitrantes. Entre Far West y Chicago en los tiempos de Al Capone. No es infrecuente que los turistas abran las puertas corredizas de sus hoteles de cinco estrellas en el Puerto de Veracruz o en Acapulco, extiendan los brazos, cierren los ojos dejándose tomar por la brisa, y al abrirlos vean al lado de la piscina semi olímpica una cabeza cercenada de su tronco, con los ojos registrando el flashazo de la muerte atroz, inútil, sin gloria, sin sentido alguno.

Del asesinato como forma de proteger a la familia

Cuando pensé en escribir esto, que debería poner en cursivas por razones que intuyo el ortodoxo lector comenzará a entender pronto, me pregunté: ¿a quién invocar? A Dios no, naturalmente. La responsabilidad de lo que voy a escribir, esplendores, abismos, crímenes, mínimas apoteosis, glorias y vanaglorias, el universo entero encerrado en la cáscara de nuez que encierra el odre de mis sesos, es exclusivamente mía. Ah, crímenes. De entrada voy a confesar uno que fue inevitable, espantoso, asqueante. Aunque ya hice una confesión pública frente al mundo por medio de las redes sociales a las que soy, lo confieso, enfermizamente adicto, pienso que nadie valoró o juzgó el asesinato en su justa magnitud. Asesiné a una madre y a sus diez hijos. ¡Esperen! No cierren este libro. No soy un asesino serial convencional y ésta que usted tiene en sus manos no es ni quiere ser ni una novela negra ni un mea culpa. Aunque tal vez llegue a ser una de éstas. Concédanme dos páginas de tregua. Una, al menos. Esperen. Voy a buscar el texto en mi blog. ¿No lo conocen? Se llamaba Descabezadero y es visitado por más de cien internautas al día (exagero: a veces sólo hay veinte). A partir de la frecuente vulgarización de las cabezas separadas de sus troncos en nuestro Estado, he decidido cambiarle de nombre al blog. Ahora se llama Ácrata frenáptero. Y habría que aclarar por qué, asunto del que no me voy a ocupar (por ahora): está bien el negocio ése de las redes neuronales, pero no quiero abusar de ello. Si uno se cree todos los embelecos de los científicos, terminará por volverse irremediablemente loco. No hay más ciencia definida e irrefutable que la de la duda sistemática. No me gusta la expresión, loco, pero me sirve para que nos entendamos. Yo estuve dos veces loco: primero en mi adolescencia, hace más de cincuenta años, y ahora, en mi primera madurez, tengo sesenta y tres, hace ocho años. En el primer caso mi afectación fue clasificada como esquizofrenia precoz. En el segundo tuve por lo menos diez diagnósticos:

encefalopatía, depresión mayor, fuga psicótica, paranoia. Los demás diagnósticos no los recuerdo. Los voy a buscar en mi expediente médico y después los anotaré. No quiero que se quede nada afuera. Ya escribí una novela sobre mi primera locura. Se llama El juego de las seducciones. Fracaso de ventas, tres o cuatro reseñas benévolas, un alto elogio de parte de Álvaro Mutis. Y fin. También escribí una novela sobre mi segunda locura, esa novela ahora está en un concurso en España, un concursito, con apenas 6000 euros de premio. El concurso tiene un nombre pomposo: Premio Internacional de Novela Rey Juan Carlos de España. Creo que es una obra de arte. Lo que no es novedad: llego a considerar que todo lo que escribo es una obra de arte. Pasa el tiempo, se publica, recibe o no buena crítica, se venden unos cuantos (estoy lejos de ser un escritor de primera línea, en términos comerciales, claro: encontrar un libro mío en París o Estocolmo sería como encontrar un granito de arena bien identificado en las playas enteras de la Tierra), se venden unos cuantos, repito, luego me olvido y me pongo a escribir otra obra de arte. Antes de pasar adelante declaro que he afirmado en mi twitter que jamás aceptaré el Premio Nobel. Bueno, si me lo ofrecieran, lo reconsideraría. Hay una frase de san Pablo que uso con frecuencia para justificar mis atrabiliarios cambios de opinión y humor: “Bendito sea Dios que hoy sólo me he contradicho catorce veces”. Mi mujer, que poco a poco se va acercando a ser lo que más odia, una intelectual y una erudita, afirma que la frase no es de san Pablo. Yo porfío: sí es de san Pablo y está registrada en los Evangelios Apócrifos. Las vueltas del perro, la red neuronal, disculpen. Estaba hablando de mi escalofriante crimen: una madre y sus diez hijos. Esperen. Voy a buscar en mi blog el texto alusivo. Se llama “Testimonio de una masacre” y dice así: “No me juzguen antes de leer este texto completo, queridos lectores, por el crimen múltiple que voy a confesar. Éste no es un relato ficticio sino la narración verídica de la masacre que perpetré hace dos días. Sí, debo decirlo: me arrepiento del acto sanguinario, sañudo y bestial, pero también debo decirlo: era absolutamente indispensable para la supervivencia de mi familia. Quiero apurar el trago lo más rápidamente posible y que se entere el mundo de lo que un hombre que ha pasado casi toda su vida por decente y mesurado (aquí debo hacer un paréntesis al margen del texto del blog: nunca he pasado por decente y mesurado, como se irá viendo a lo largo de esta narración. Hay cierta retórica que ineluctablemente irá cayendo sobre el texto a medida de que vaya escribiendo y debo decir desde ya que quiero ser tolerante conmigo mismo y con mis debilidades. Voy a escribir de corrido, sin puntos y apartes, sin divisiones de capítulos, no pienso corregir, no buscaré una estructura ni un sentido que no se dé con absoluta naturalidad). Vuelvo atrás: quiero apurar el trago lo más rápidamente posible y que se entere el mundo de lo que un hombre que ha pasado casi toda su vida por decente y mesurado puede hacer cuando es acosado por el destino. Al grano, y me encomiendo a Dios o a Buda, a Alá o a Júpiter, al dios que me sea propicio, para que me favorezca con la comprensión de mis amigos y contemporáneos: asesiné a una madre y a sus hijos recién nacidos. Lo hice a sangre fría yo... Ventura a secas, un escritor relativamente conocido y un académico de la Universidad Veracruzana, y tengo que decir (de nuevo) que me arrepiento profundamente de lo que hice. Sé que tendré que pagar por ello. No pagaré en esta tierra sino en algún plano que no conozco. Las leyes de la tierra no tienen

estatutos para castigar una masacre semejante. Comenzaré por los antecedentes. Mi querida esposa, a quien a partir de ahora llamaré Anacoluta, fue despertada antenoche por la caricia que en el rostro le estaba recetando una criatura horrorosa, un engendro que es lo peor del repertorio de esta malhadada creación. Yo no estaba a su lado en ese instante sino recluido en mi estudio, recinto consagrado de pecador solitario y genio al que sólo yo entro, que me permite aislarme del mundo por las noches. Mi esposa y mi hijo el Gato emprendieron la persecución de la enorme bestia, un roedor del tamaño de un conejo chico, y terminaron acorralándolo en el baño, donde permaneció encerrado el resto de la noche. Ni mi esposa ni mi hijo quisieron perpetrar el crimen, debido a la natural aversión que le tienen a las ratas. Fui yo entonces el que me debí echar a las espaldas semejante atrocidad. Cuando desperté recibí informes detallados de la emergencia y de la situación de la bestia. Abrí con mucho cuidado la puerta del baño y vi una escena repulsiva y a la vez conmovedora: una tremenda rata de color pardo y pelambre erizada estaba sobre la moqueta del baño, temblando, con sus obsesionantes ojillos negros mirándome no sin rencor, pues me sabía su enemigo y su potencial asesino. Y lo más atroz: a su lado estaba diez cuerpecillos rojos y lampiños, con los ojos todavía cerrados, agitando sus patitas. Miré con asco y gran ternura a las diez diminutas ratitas recién nacidas y por lo tanto indefensas. Cerré la puerta y me senté en la sala de arriba a reflexionar. Mi primera intención fue capturar a la rata y meterla a una jaula con sus diez retoños, adoptarla como mascota y permitirles a todos vivir una vida plena. Comunicué esta posibilidad a Gato y él, aunque sentía el natural asco por la rata madre, dijo que estaba dispuesto a apoyar mi propósito e incluso a alimentar a la nueva familia que se adjuntaría a la nuestra. Contra tal posibilidad se levantó como una erinia mi indignada dueña, quien, implacable, exigió exterminio total. Mi hijo, cuando le expresé reservas por un posible atentado contra una madre y sus hijos, simplemente dijo: “Padre: es la ley de la vida: hay que exterminarlas”. Quise apelar al buen corazón de mi esposa y le expuse mi noble proyecto: “Mira, chuleta amada, que la rata estaba en tu cama buscando calor para dar a luz a sus hijos. No tengo corazón para cometer esta masacre. Me comprometo a cuidar a esa familia lejos de tus ojos”. (No voy a exagerar diciendo que me puse de rodillas pero sí he de decir que mi alma sí estaba de hinojos). Mi esposa fue tajante: “O ella o yo. Tienes una hora para terminar este asunto. Si no exterminas a todos esos bichos asquerosos me voy inmediatamente de esta casa”. (El carácter de mi esposa es tajante, sus decisiones irrevocables, no habla en vano, la limpieza y el orden están por encima de Dios). De modo que busqué la forma menos cruenta para cumplir con el tema masacre de madre e hijos. Fumigué a la rata con veneno de polilla (el único tóxico disponible) directamente en el hocico desde a una distancia de veinte centímetros. Ya para entonces la bestia había caído de la moqueta y estaba bajo el lavamanos. Le receté una dosis salvaje de spray venenoso, salí, esperé una hora disimulando mi angustia y mis cargos de conciencia, ocupándome como un condenado a muerte de tender la cama de mi estudio y revisar mis mails. Cuando conjeturé que ya estaría muerta regresé. La rata seguía viva, respirando dificultosamente, su mirada más rencorosa que nunca. La noble criatura se sabía destinada al sacrificio. Suspiré como quizás suspiraban los verdugos a las puertas de la Bastilla,

sabiéndose implacables y sin embargo necesarios. Metí con asco de solterona a la rata en una bolsa de plástico y junto con ella a sus rubicundos y cegatones hijos, todavía agitando sus patitas. Metí la bolsa dentro de otra bolsa de plástico. Sumergí la bolsa en una cubeta de 20 litros de pintura Comex. Con agua, claro. Acabábamos de pintar la casa. Esperé media hora. Me recliné en mi estudio a meditar y a pedir perdón al Dios de las ratas. Regresé a donde estaba la cubeta. Tomé la bolsa, me aseguré que ya no hubiera movimientos. Me deshice del embuchado lanzándolo a un lote baldío donde terminan todos los desechos orgánicos de nuestra casa. (La palabra “embuchado” me remite a José Donoso, sobre quien tarde o temprano hablaré, como hablaré de Gabito, el Papá Grande). La noche posterior al asesinato múltiple tuve horripilantes pesadillas. Y el anterior es el relato de mi crimen. No espero compasión ni perdón. Lo hice por el bienestar físico y mental de mi familia. A costa de mi conciencia”. Hasta aquí el texto del blog... que no conmovió a nadie, he de decir. No hubo ni un comentario.

A la sombra de los patrones en flor

Daré otra vuelta emulando al famoso perro: esta vuelta tiene que ver con Thomas Mann. Cada vez que escribo una obra de arte busco a un santo patrón. Como soy megalómano les pido prestados andamios a mis semejantes. (Abomino de las cursivas pero por lo pronto me permiten burlarme de mí mismo cuando me dejo arrastrar por la adicción a lo trascendente). Mi primera obra de arte se apoyó en, tomen aire: Cervantes, Homero, Joyce, los evangelistas, Dante y Shakespeare. ¡Ja! Ya habrá tiempo para hablar de esta... me resisto a repetirlo, pero no tanto, obra de arte. Pues para la obra de arte sin cursivas que tienen ustedes en sus manos, ya no hay forma de eludirlo, para la novela, pedí la ayuda, un poco más modesta, de Thomas Mann, y particularmente del texto que llamó La novela de una novela. En este texto, en ocasiones árido y autocondescendiente, como lo son todos los libros escritos en una madurez a la que se ha llegado con el reconocimiento de grupos respetables de lectores, Mann relata las circunstancias en que escribió Doctor Faustus. Y yo, como genio de segunda (no olvido que mi primer maestro, Gustavo Álvarez Gardeazábal me definió como “un mediocre que trabaja”, calificación que no me desagradó porque quizás sea fiel y en el fondo, muy en el fondo, yo sea bastante modesto) decidí apropiarme de su proyecto, pero de una manera un poco más ambiciosa: no voy a escribir la novela de una novela, sino la novela de todas mis novelas. Un libro que pecaría también de autocomplaciente si hiciera lo que hizo García Márquez en la primera y única parte de su autobiografía, Vivir para contarla: elogiarme sin medida ni compasión por el lector, soslayar las zonas oscuras. No, no voy a hacer eso. Voy a hacer lo que propuso Niurka Marcos, una famosa vedette cubana. Voy a contar mi verdad. Que la verdad es relativa. Esa es otra vuelta del perro. Uno no recuerda lo que en

verdad sucedió sino lo que le conviene. Eso lo dijo el sabio Punset hace años y lo repitió Gabo, con mejor estilo y más escándalo mediático. Me gustaría no decir ni una sola mentira en este libro pero me parece que eso es imposible y se los voy a decir por qué. Se los voy a decir con un texto de mi Ácrata frenáptero. Pero antes quiero reproducir éste: “Escribo en el vuelo de Mexicana rumbo a Costa Rica. Ayer en el Centro Deportivo Tenexpan en Ixtaczohtlán, estuve desde las ocho de la mañana hasta las seis de la tarde, bajo un sol de canícula, viendo partir auténticas hordas de nadadores, desde niños de cuatro años con sus tablas, hasta ancianos de más de ochenta, que orgullosos al final de la jornada exhibirían cuatro medallas, una por cada estilo. Yo conseguí, como se puede ver en la anterior entrada de este blog, dos medallas: una de plata (¿de plata?) y otra de oro (¿de oro?); la primera en cincuenta metros libres, con un tiempo de 37 segundos, y la segunda en cincuenta pecho, con un tiempo de un minuto dos centésimas. ¿Mérito? No mucho y no poco. No mucho, porque hubo pocos participantes en mi categoría (de más de sesenta años); no poco, porque le gané una competencia al señor Brothers, segundo en los Juegos Panamericanos del 2000. Y la verdad es que me lancé a la piscina a participar en pecho con pocas posibilidades, pues generalmente no entreno este estilo, pero ya en la piscina me entró una especie de fiebre de oro y comencé a pedalear duro, y a cada brazada me decía ¡oro, oro, oro!, con el resultado que le saqué tres segundos al señor Brothers y pude colgarme la medalla áurea. Malditas cursivas. Quienes me conocen saben que soy un lujurioso de los premios y me los critican – particularmente el rector de la Veracruzana me ha dicho: “No sé por qué esa obsesión por los premios, Ventura. Eres un buen escritor... ¿No te basta con eso?” Pus, no, Raúl, soy así desde que me conozco y los que me quieren, que son pocos pero gente respetable, me perdonan este maldito vicio de buscar premios literarios... Vicio o debilidad al que a partir del año pasado agregué el vicio de las medallas en natación. Ya tengo cuatro. (Salto en el tiempo: hoy, dos años más tarde, tengo 29 medallas). Comencé un poco tarde, pero ni modo. La culpa la tiene una lesión que me alejó del básquet, mi otro gran vicio. Ya con mis dos medallas, en lugar de regresar a Xalapa, decidí quedarme en el Hotel Trueba en Orizaba. Caí dormido a las ocho de la noche. A las cuatro de la mañana estaba en pie y a las cinco manejando mi Polo rojo rumbo a Xalapa”.

De cómo un oscuro escritor de provincia es tratado como genio literario

Y hoy martes voy rumbo a Costa Rica acompañado por Anacoluta, que desde hace varios años va conmigo como una sombra protectora a todas partes. Y va conmigo desde que se enteró que tuve una grotesca aventura en, bueno, sigamos: El año pasado estuvimos en Medellín casi quince días pero no conté bien la experiencia, pues hubo asuntos desagradables en ese viaje que preferí por una vez guardarme. Recibí, eso sí, el afecto de mucha gente y supe que había personas que leían mis libros y que incluso se sabían mis

cuentos de memoria. Lo que soy el día de hoy, bueno, malo y más o menos, productivo, feroz, crítico, vanidoso, voluntarioso, admirador de la belleza, lector voraz, estudioso de todo lo existente, aventurero, soberbio, buena gente, honrado, sincero –eso digo yo, habrá que ver qué opina le gente-, todo lo que soy tuvo su semilla en un pueblo-ciudad de Costa Rica que se llama San Isidro de El General: allí tuve todos mis estrenos, incluyendo uno fundamental en el Bar Tico, leí todo Dostoievski, Miller, las Mil y una Noches, Vargas Vila, recibí clases de Vilma Alfaro de Vega y de don Danilo Salas y de Lindor, allí gané mi primera carrera atlética compitiendo ni más ni menos que contra Rafael Ángel Pérez, allí tuve una existencia silvestre perdido como un pastor de Garcilaso en las vegas del río y conocí a mujeres asombrosa e inconcebiblemente hermosas. Allí comencé a escribir y gané mi primer concurso con una Biografía de Beethoven: el premio fue escuchar la Novela Sinfonía en el Teatro Nacional de San José (recuerdo que la escuché en el gallinero del Teatro, enfundado en un traje de paño negro grano de pólvora que me regaló el señor Rossi, dueño de la fábrica de fideos en donde trabajé empacando tallarines; recuerdo que mi madre recibió el traje de regalo y le pidió a un sastre que lo redujera para que se ajustara a mi cuerpo de quince flacos años). Y a ese pueblo-ciudad es a donde voy a ir a dar conferencias sobre la novela que escribí hace más de 35 años, una novela en la que yo describía a las lindas putas y al sargento y a las bellas, y al padre Coto y a don Danilo y a la Sietecolores y a la Musoc ... Esa novela fue publicada por La Flor en Buenos Aires, tuvo una edición de 25 000 ejemplares en Colombia, le gustó a García Márquez, recibió el Premio Aquileo J. Echeverría, fue declarada novela post moderna y fundadora del post boom, fue criticada, censurada, alabada, acusada de plagio, el título de la obra –El pueblo del fin del mundo— fue usado por un filósofo norteamericano de apellido Wilbur y de nombre Ken, que según parece ha tenido buen éxito... Y por esa novela es que ahora estoy regresando a San Isidro de El General y a Costa Rica. Me encontraré con muchos buenos y viejos, bastante viejos, amigos... Y tal vez con unos cuantos enemigos que consideran que insulté en la novela a sus nietos, a sus padres... pero bueno: ¿cómo puede uno pasar por la vida sin levantar polvo? Todo el tiempo lo hemos pasado: sentados viajando, comiendo, hablando, dormitando, mirando revistas de estupideces. Espero que en este viaje de conferencias no me cargue el cuerpo con unos kilos de más y que después tenga que sufrir para bajarlos... o simplemente deba aceptar la derrota y cambiar de talla. Ahora escribo en Heredia. Una conferencia formal “Escenas de amor y eros en la obra de García Márquez”. Hice lo que no acostumbro: leer la conferencia. Aunque había olvidado los anteojos traté de descifrar lo que había escrito en Xalapa. Bizqueando salí airoso del asunto. Luego hablé de forma rápida sobre mi presencia en Costa Rica. En Costa Rica se come arroz con pollo o gallo pinto al desayuno, almuerzo, en los matrimonios, bautizos y todos los grandes eventos. ¡Pura vida! Después el viaje bordeando la ciudad de San José por lo de una restricción vehicular, colinas suben y bajan, calles tortuosas, laberínticas, trazadas sobre paisajes de belleza apasionante. Luego hicimos el viaje a San Isidro de El General, mi pueblo y el espacio donde se desarrolla mi primera novela, por la carretera en la que hace casi cuarenta años, cuando era un adolescente flacuchento y fanfarrón trabajé como timekeeper. Gran emoción

recorriendo mis viejos territorios. San Isidro de El General ya no es el pueblo de 6000 habitantes que habité hace décadas sino una ciudad de más de cien mil, con malls, una gran autopista que ya tiene 70 muertos por mes, infinidad de deslumbrantes iglesias de sectas extravagantes, varias universidades, muchos edificios nuevos, pero, sigue siendo una ciudad llena de mujeres de belleza que causa espanto a los hombres e infarto a las esposas y con una enorme cantidad de prostitutas. Mario, nuestro conductor y guía, nos señaló una puertita, apenas a ciento cincuenta metros de la catedral. Frente a ella había una fila de ancianos como la que se haría en México para comprar tortillas. Sentada en el quicio de la puerta una bella chica de ojos verdes (el demonio tiene ojos verdes, eso lo sabe todo el mundo), que apenas tendría 17 años. Esa es la que se llama La Casa de Los Viejitos, dijo Mario, se atiende solamente a ancianos. Son campesinos que vienen de la montaña a buscar su dosis de placer. La puticas los atienden a bajo precio en cuartitos minúsculos en sesiones de diez minutos máximo. Como recuerdos enquistados sigue habiendo en San Isidro algunos lugares que fueron claves en mi vida: el Prado Bar, El Bar Tico, donde conocí el terror de los primeros placeres, el Liceo Unesco, la Escuela Normal. Primera conferencia en Pérez (otro nombre que se le da a San Isidro): en un enorme auditorio había unas cincuenta o cien personas que escucharon mis palabras como quizás ningún otro público del mundo podría hacerlo. Yo convertí hace treinta y cinco años a aquel pueblo polvoriento en una ciudad literaria que visitaron lectores de Argentina, Colombia, España, yo hablé sobre sus padres, pinté a sus mujeres, a sus locos, a sus iluminados, yo calumnié a muchos, yo me reí de los profesores e insulté a algunos y exalté a otros. Ahora, cuarenta años después de mi salida de San Isidro, he regresado con treinta o cuarenta kilos de más, con cuatro décadas agregadas a mi humanidad. Cariño inmenso sentí de aquellas personas que me escuchaban con fervor. Ellos me recordaban a mí, yo a ellos, era como si nunca me hubiera separado de mis sanisidreños, como si en lugar de haberme ido a Colombia, Estados Unidos, México, hubiera permanecido sentado en el parque, hubiera seguido jugando mejengas de basquetbol en el Prado Bar y siguiera añorando siempre una mirada de las hijas de doña Lala, las cuatro mujeres más bellas que se pueda imaginar, hijas de Pinga de Oro. Por la noche volvimos a comer arroz con pollo y tuvimos una hermosa noche, una noche memorable y significativa. Anacoluta había escuchado mi charla sin el gesto de escepticismo que habitualmente usa en mis conferencias. Ella ha escuchado mis historias mil veces y le sucede lo que le sucede a Mercedes Barcha: no le hacen gracia. De alguna manera el hecho de que mi dama visite conmigo mi pasado la estaba haciendo comprender lo que yo soy. Por lo menos eso espero. Al día siguiente. Una conferencia tras otra se precipitan en cascada y no hay tiempo sino para comer y dormir y si es posible ser fugazmente feliz con Ana. Ayer en la Sede Brunca de la Universidad una charla ante un enorme auditorio de jóvenes que parecían ignorarlo todo de mí. Hablé del viejo San Isidro y de quienes fueron los padres fundadores de esta ciudad que de alguna manera es mía, una ciudad de la que me apropie en una novela hace más de treinta años y que desde entonces es mía. Miraba yo a aquella multitud y trataba de adivinar en cada rostro el rostro de sus padres, que quizás fueran modelos de mis personajes. Identifiqué entre todas las personas a una chica de larga cabellera negra, un rostro de belleza

sublime, idéntico a un rostro que vi en el San Isidro, tras el vidrio de la taquilla en el Cine Paulina en 1965: Nidia Ramírez, una de las cinco maravillas de San Isidro. Le pregunté por casualidad no eres hija o nieta de doña Lala, la mujer que engendró a las cinco mujeres más bellas de San Isidro y del mundo. Ella me miró sonriente, serena, como me había quizás mirado en 1965 su madre o su tía y me dijo no, no soy hija de una hija de Lala. Y terció la decana de la Universidad: pero sí eres hija de Helena que es hermana de Yesenia, y es posible que tus genes estén repitiendo la figura de Nidia, porque , muchacha, eres casi una copia de Nidia, la mujer que durante años vendió boletos en la taquilla del Cine Paulina y que era tan bella que se convirtió en atracción turística de San Isidro. Dije: Nidia Ramírez era tan hermosa que yo llevaba a los turistas a verla y cobraba una peseta por mostrarles a la mujer más linda del mundo. Hable con fluidez ante los estudiantes de la Universidad Autónoma de Costa Rica, Sede Brunca. Eran quizás 500 muchachos y escuchaban con atención, sonrisas, a veces deleite. No faltaron algunas bromas. Básicamente les dije quién soy yo ahora y quién era hace más de 35 años: un muchacho flaco, alto, insolente, que pasaba la vida jugando básquet en el Prado Bar y mirando a las chicas lindas en el parque. Había en ese público y en general en los sanisidrogenereños entusiasmo por oír a ese antiguo habitante de sus calles que había salido del limitado mundo de ese pueblo remoto, polvoriento, chismoso (hay que decirlo: el chisme es una de las costumbres más arraigadas en San Isidro: todo se sabe de todos, hay mil historias circulando, se cuentan, se repiten, se agrandan. Ello pude comprobarlo cuando escuché “noticias” sobre Momotombo, Lindor, don Danilo Salas, Simón Solís, Sergio Barrantes). Y me escuchaban con fervor los muchachos. Alguien dijo yo soy hijo de don Danilo, el dentista de la novela. Alexis, el loco que se decía Príncipe de Mónaco, sigue vivo recorriendo las calles de San Isidro y las monjitas lo odian a usted, don Ventura Tulio, porque dijo que en su colegio pasaba esto y esto y otro asistente dijo yo soy hijo de un constructor de la Carretera Panamericana que usted pinta en la novela. Al final un largo aplauso. Sentí que por un momento había logrado unir dos épocas de San Isidro e iluminar algunas circunstancias presentes. Después de más horas de platica en medio de un calor abrumador en el que nadie se movió de su sitio, hubo un largo, larguísimo aplauso y yo sentí que mi vida estaba justificada porque había conquistado a aquel desconocido monstruo de muchas cabezas y que de alguna manera era amado por todos y todas, y que aquella escena no era la culminación de mi insoportable vanidad ni un sueño sino un hecho irrefutable: yo quería a toda esa juventud y esa juventud me quería. Yo les estaba reviviendo el mundo de sus padres y ellos lo agradecían y sin duda muchos iban a leer mi novela. Y algo verdaderamente increíble: a San Isidro llegaron pocos ejemplares de la obra, pero los habitantes de la vieja guardia, casi todos, tenían ejemplares casi idénticos, clonados, y algunos tenían la vieja edición de La Flor de Buenos Aires, con su papel amarillento casi convertido en pergamino y otros tenían la edición de Plaza y Janés de Colombia en papel blanco. Pero eso lo sabría más tarde, cuando me reuniera con un grupo de veinte personas de mi edad. Fue en casa del licenciado Eduardo Rojas, bajo un techo de palma, bajo una lluvia diluvial. Todos los allí reunidos habían leído y releído mi novela. Alguno dijo que la había leído setenta veces.

Conocían la novela de tal manera que me aclaraban detalles confusos y explicaban y descifraban a los personajes y los relacionaban con las personas... Yo decía: al negro Vladimiro yo lo inventé, ese personaje no existe. Y Yoyo me replicaba. No, Ventura, ese personaje no lo inventaste, ese personaje es un negro que fabricaba zapatos y se casó con una mulata muy linda y tuvo muchos hijos: uno de ellos trabaja en la NASA. Luego hablaron de Tribilín, hijo de don Juan Bautista Fonseca, alias Californio el Simple, baterista de la Orquesta Sibundoy. Juan Bautista Fonseca fue profesor del colegio de Monjas donde también dictó clases tu madre, Ventura, y donde tú ibas a cantar al coro para ver a las niñas de las monjas. Aquellas veinte personas sabían más de mi vida que yo mismo y me conocían como si yo hubiera vivido en San Isidro toda la vida. La opinión fue unánime: Ventura, sigues siendo el mismo de hace 45 años y alguien me dijo: no has cambiado nada, incluso físicamente eres igual al muchacho de 17 años que iba a jugar básquet al Prado Bar. Horas antes había ido al Prado Bar llevado por mi guía José Luis Díaz Naranjo, secretario académico de la Universidad Nacional Autónoma. Sentí que se me salía el corazón al ver que las canchas de básquet habían desaparecido tras una barda, que la impresionante piscina olímpica había sido cambiada por dos pozas para niños, que la barra y el bar seguían incólumes a pesar del paso de tantos años, y que sobre todo, ay, el riachuelo de aguas transparentes que pasaba al borde de la pista de baile había sido cubierto por una plancha de cemento. El Prado Motel y Centro Deportivo, pista de baile, sitio de reunión de los vagos que fuimos, un auténtico paraíso, había perdido su esplendor y ahora era un sitio triste, abandonado, de fiestas equívocas y encuentros oscuros. A lo lejos sigue pasando el río donde me bañé de muchacho y donde perdí mis primeros sueldos jugando a la veintiuna y donde tuve alguna aventura galante sin calzones, su agua felizmente sigue siendo limpia (Costa Rica es un país que respeta su naturaleza como ninguno, un país en general tan civilizado que si fumas en los pasillos de un centro comercial te llevan preso y si no usas cinturón de seguridad en el coche te ponen enorme multa y si manejas ebrio te quitan la licencia para siempre... Es cierto, también hay dinero malo, muchos inmigrantes han traído dinero producto del narco y hay bodegas de coca y en el San Isidro de mis tiempos no había sino una iglesia, doce prostíbulos, un colegio de monjas y un liceo, el agua limpia corría por caños abiertos a los bordes de las calles, y ahora, hoy, se levanta en el mismo espacio una ciudad con enormes centros comerciales, una gran autopista rumbo al sur, un hotel de cinco estrellas y diez o doce de medio pelo... Es casi inevitable: todo paraíso del mundo termina contaminado, San Isidro no podía mantenerse alejado del mundo. Regreso a la fiesta bajo la enramada con un fondo de lluvia torrencial: yo bebí guaro blanco para apurar ese trago de vida: veinte personas hablando de mí, de mi pasado, sobándome el lomo, diciendo que yo era para San Isidro una especie de prócer, y Anacoluta, escuchando, soportando lo que más detesta en la vida (que elogien a su marido de forma tan desconsiderada, ya de por sí tiene una egolatría que linda con lo patológico), Anacoluta posando (sin posar, siempre tan natural) como una belleza callada y misteriosa, y yo dije: detengamos esto, ya no quiero que hablen de mí, no más elogios, quiero que escuchen a Anacoluta, ella ha vivido a mi lado 25 años, ella sabe de mí lo que ustedes saben. Entonces mi dueña habló: contó con serenidad lo que a nadie había contado,

la escucharon en silencio. Sentí, supe que a mi lado ella había permanecido soportando una especie de alud de mierda, impávida, mientras yo me pavoneaba por el mundo, ella ha sufrido lo que nadie o casi nadie sabe, o lo que quizás solo una persona en París sabe y yo seguía y sigo avanzando por el mundo entre fanfarrias. Al final de su relato, que pudo durar una hora yo dije ahora quiero que ustedes, amigos, me hagan un juicio. Uno por uno fueron dando su opinión, todas fueron sensatas, y en unas salí bien librado y en otra quedé como una especie de monstruo de vanidad e insensibilidad, todos dieron su opinión y yo sentí que aquella noche había sido una de intenso acercamiento entre Anacoluta y yo y que todo un pueblo había asistido como en un teatro de la vida a un juicio público en el que se había ventilado la vida secreta de un escritor famoso (discreta, secreta, ocultamente famoso) y su discreta esposa. Anacoluta, una mujer sabia, serena, valiente e intolerante. Ventura cayó al fondo del abismo y salió, ahora sigue marchando en una especie de marcha triunfal sobre el cieno. Anacoluta lo vio caer y desde entonces ya no cree, ya no le cree. Y llegó la pregunta ¿entonces por qué sigues con él? y ella respondió ésta es una etapa de la vida que hay que quemar, todo tiene un orden y no voy a violentarlo, todo llegara a su debido tiempo. Y yo respondí: sigues conmigo porque sabes que muy en el fondo soy completamente honesto aunque digas lo contrario. Y lo puedo decir ahora: respetaré cualquier decisión tuya: nos separamos o seguiremos juntos y eso no va a torcer mi destino como escritor, yo sé que te quiero y pienso que en verdad no eres intolerante. Señores, aquello resultó una especie de público programa de la señorita Laura, ¡qué pase el desgraciado a ser juzgado por un público de defensores de la familia, la tradición y la honestidad. Yo seguí bebiendo guaro y fumando y soportando con estoicismo el juicio de aquellas veinte personas, escuchando las razones de Anacoluta.

(No ha habido casi tiempo para escribir y estas notas las estoy haciendo en el baño sentado en la taza con la lap top sobre las piernas para no molestar a Anacoluta, que duerme como santa en la cama de sábanas frescas del hermoso Hotel del Sur, que es ahora lo que quizás fue hace 30 años El Prado.)